



RAMÓN BAEZA | DIRECTOR DE ESTUDIOS EUROPEOS E INTERNACIONALES. FUNDACIÓN 1º DE MAYO

Reivindicación de una política europea

La Unión Europea (UE) es una construcción política de difícil catalogación. A pesar de tener atribuidas importantes competencias propias de los Estados dista mucho de ser uno de ellos. Por el contrario, supera con creces la mera categoría de organización internacional en la que diferentes países cooperan entre sí para la consecución de fines generales o específicos. No hay organización internacional cuyas normas tengan primacía y efecto directo sobre sus Estados miembros y ciudadanos como sucede en la UE. Numerosos autores afirman que esta ambigua naturaleza determina que las ciencias sociales carezcan de instrumentos efectivos para su análisis. Tamaña laguna se ha orillado con frecuencia mediante la narración diacrónica del proceso de integración o la descripción de sus políticas, instituciones o de su enrevesado proceso de adopción de decisiones.

Así, puede afirmarse la existencia de un amplio consenso que sostiene que la Unión Europea se ha construido a partir de sucesivas crisis de las que el proceso de integración ha resurgido con fortaleza renovada. La *crisis de la silla vacía* de 1965, en la que Francia abandonó durante varios meses el Consejo de Ministros, desembocó en un impulso de las escasas políticas comunes vigentes en aquel momento y en el inicio de la primera oleada de nuevas adhesiones. Durante la segunda mitad de los años 70 el proceso de integración apenas avanzó como consecuencia de las crisis económicas de la época. Superado ese momento, en los años 80 y principios de los 90 se experimentó un incremento vertiginoso de la unidad con la entrada en vigor del Acta Única Europea (1987) y el Tratado de la Unión Europea (Maastricht) en 1993. Y si en 1980 eran nueve los Estados que conformaban la entonces

Comunidad Europea, en 1995 su número se había casi duplicado a lo que habría que añadir la nada desdeñable aportación de la unificación alemana.

Esta aproximación un tanto eugenésica de la construcción europea ha quebrado en la actualidad. La forma de afrontar la crisis inicialmente financiera, posteriormente económica y, actualmente, de las deudas soberanas, más que augurar un nuevo salto cualitativo de la unidad continental amenaza con romper consensos básicos sobre los que ésta se ha cimentado. Es una preocupación que han expresado politólogos como José Ignacio Torreblanca, periodistas como Joaquín Estefanía o políticos como José Borrell o Joschka Fischer. Todos ellos tienen en común un indiscutido europeísmo y un progresismo nada sospechoso de veleidades radicales. Por vez primera se constata el temor real a un colapso del proceso europeo.

Y tan sintomática es la inquietud de estas personas como el silencio de los fortalecidos eurófobos, que asisten con discreto regocijo a la acelerada fragilización del proyecto europeo.

Aprendices de brujo

Señalábamos que en la actualidad están amenazados consensos fundamentales que han contribuido a la construcción europea. El primero de ellos la existencia de una cierta complicidad solidaria entre socios que comparten un proyecto común. Sería ingenuo o torticero negar que los recelos y las diferencias entre países han sido consustanciales al desarrollo de la UE, pero siempre había prevalecido una especie de "espíritu de cuerpo" que impedía traspasar ciertos límites formales. Hoy, con ocasión de las crisis financiera, económica y

“ En la actualidad están amenazados consensos fundamentales que han contribuido a la construcción europea ”

“ El análisis de la situación de los Estados miembros –con preferencia en el ámbito económico– se han vinculado en demasiadas ocasiones con consideraciones morales o pretendidas identidades culturales ”

de las deudas soberanas estos diques se han roto. Las prevenciones entre países se incrementan.

El análisis de la situación de los Estados miembros — con preferencia en el ámbito económico— se han vinculado en demasiadas ocasiones con consideraciones morales o pretendidas identidades culturales. Siendo menos crípticos, con frecuencia los problemas presupuestarios y económicos de los llamados —en el más amable de los casos— países periféricos han sido puestos en relación con tendencias a holgazanear y derrochar aparentemente intrínsecas de mediterráneos (con permiso de Irlanda) de tradición católica (con permiso de Grecia). Frente a ellos se alzarían los laboriosos y ahorradores centroeuropeos que tendrían que soportar a sus socios en una especie de versión europea de la “pesada carga del hombre blanco” sostenida por Kipling.

Estas actitudes son el mejor caldo de cultivo para el fortalecimiento de las actitudes nacionalistas, racistas o xenófobas que se manifiestan con cada vez mayor vigor en gran parte de los Estados miembros. Seamos prudentes porque se comienza anatematizando a griegos, portugueses, irlandeses o españoles y se continúa restableciendo controles fronterizos entre Alemania, Suecia y Dinamarca. En Europa tenemos suficiente experiencia histórica para saber que estas pulsiones son difíciles de controlar y sus consecuencias dramáticas. Convendría poner coto lo antes posible a los aprendices de brujo que proliferan, ignorando los peligros de inflamar corrientes identitarias.

Que nadie malinterprete lo inmediatamente anterior. Por supuesto que la principal responsabilidad de la situación por la que atraviesan los países con mayores dificultades recae sobre ellos mismos. Fundamentalmente sobre sus Gobiernos. El movimiento sindical así lo ha advertido y denunciado con reiteración. En lo referido a España, CC OO hace años que venía pronosticando los riesgos de un modelo productivo sostenido sobre el endeudamiento, el excesivo peso de la construcción residencial, la precariedad, los bajos salarios y las actividades con escaso valor añadido. Pero también es cierto que el movimiento sindical internacional —con la Confederación Sindical Internacional (CSI) a su frente— predijo los peligros de una economía *financiarizada* o “de casino”, origen principal de la actual crisis. Y también que la burbuja inmobiliaria de los países periféricos se alimentó de la financiación de entidades centroeuropeas que ahora pretenden eludir toda culpa.

Por lo tanto, no erremos el tiro y no contribuyamos a exacerbar sentimientos nacionales que ocultan intereses



“ **Convendría poner coto lo antes posible a los aprendices de brujo que proliferan, ignorando los peligros de inflamar corrientes identitarias** ”

“ **El movimiento sindical internacional predijo los peligros de una economía financiarizada o “de casino”, origen principal de la actual crisis** ”

económicos. Como señalaba Rodolfo Benito, Presidente de la Fundación 1º de Mayo, en la presentación del libro *Europa en la encrucijada*¹, no sólo en Alemania se pueden encontrar actitudes criticables. Aquellos que desde nuestro país repiten que España no es Portugal ni Grecia, pretendiendo enviar un mensaje “tranquilizador a los mercados” se equivocan: España es Portugal y Grecia, como lo son Alemania, Francia o Dinamarca. Los problemas de Portugal, Grecia e Irlanda —en su caso España o Italia— y sus posibles soluciones sólo podrán afrontarse a escala europea y que nadie espere que una frontera política pueda ser dique del apetito de agentes económicos de dimensión planetaria y sin más credo que su propio beneficio.

En Europa el sistema democrático está indisolublemente asociado a altos niveles de protección social, están en su código genético. Por lo tanto, no se pueden poner en cuestión los segundos sin que repercuta en

el primero. Conviene que se tenga en cuenta esta relación, sobre todo, por aquellos cuyo imaginario comienza a frisar lo insaciable.

Injustas e ineficaces

Parece ocioso señalar que la crisis ha incrementado la desigualdad y la pobreza. Sus peores efectos se han cebado sobre aquellos que no han tenido ninguna responsabilidad en su origen —especialmente los trabajadores- y que tampoco han sido los principales beneficiarios de los años de crecimiento económico (según la OCDE, el FMI o la OIT las rentas llevan perdiendo peso relativo en relación con la renta total desde hace más de tres décadas).

Todo esto no ha sido cortapisa para que las principales medidas estructurales adoptadas por las instituciones europeas y asumidas por los Estados miembros, con el propósito declarado de propiciar el crecimiento económico y la creación de empleo, se sustenten sobre la reducción de los salarios, la disminución de la protección social o la debilitación de los derechos laborales. Resulta difícil no deducir que desde influyentes ámbitos económicos y políticos se está aprovechando la crisis para revisar un cierto equilibrio en la relación entre capital y trabajo así como entre democracia y mercado, vigente durante décadas que ha conformado lo que hemos denominado modelo social europeo.

El factor moderador de las políticas públicas se ha sacrificado en el altar del equilibrio presupuestario. La protección social, la equidad y la solidaridad, elementos centrales de legitimación del proyecto europeo, están siendo gravemente erosionados.

Y desde una perspectiva económica observamos con preocupación como la estrategia de recuperación descansa con casi exclusividad sobre una reducción del gasto público abrazada con fervor rigorista. La nueva Gobernanza Económica Europea o el Pacto por el Euro Plus no son mucho más que expresiones de fe ciega en las bondades del equilibrio de los presupuestos públicos, alcanzado siempre mediante la reducción del gasto más que por la vía de ingresos. En este contexto cualquier programa de planificación —como, por ejem-

plo, la Estrategia UE 2020-, con independencia de la consideración que suscite, no dejará de ser un brindis al sol ante la inexistencia de recursos públicos suficientes para financiar sus propuestas.

Desgraciadamente estamos convencidos de que estas medidas, además de socialmente injustas, son ineficaces. La obsesión por reducir el déficit en lapsos de tiempos irracionalmente cortos cercena la demanda pública. El desempleo, los recortes salariales y la merma de la protección social detraen una parte importante del consumo privado. Sin consumo público ni privado, sin actividad productiva, no puede haber crecimiento económico, creación de empleo ni reequilibrio de las cuentas públicas, paradójicamente el objetivo que justifica las medidas anteriores.

El exponente más dramático y extremado de estas opciones lo tenemos en la experiencia griega. También en la portuguesa y en la irlandesa. La aplicación de los severos programas de ajuste impuestos por la Unión Europea y el FMI sólo se han traducido en mayor desigualdad, menor actividad económica, empobrecimiento de la población y no se han reducido los problemas presupuestarios.

“ **La burbuja inmobiliaria de los países periféricos se alimentó de la financiación de entidades centroeuropeas que ahora pretenden eludir toda culpa**

“ **Nadie espere que una frontera política pueda ser dique del apetito de agentes económicos de dimensión planetaria y sin más credo que su propio beneficio**

“ **La protección social, la equidad y la solidaridad, elementos centrales de legitimación del proyecto europeo, están siendo gravemente erosionados**

Europa en una encrucijada

Como reza el título del libro recientemente publicado por la Fundación 1º de Mayo, Europa se encuentra en una encrucijada. Carente de un “demos” propio la Unión se legitima por sus resultados. En sus orígenes estuvo la paz entre sus primeros socios, que arrostraban una larga tradición de enfrentamientos bélicos, especialmente devastadores y sangrientos en la primera mitad del siglo XX. Ese momento histórico está actualmente superado toda vez que las generaciones actuales ya no tienen como referencia vital las últimas guerras. La conformación de un espacio de bienestar social y crecimiento económico tomó el relevo como elemento de legitimación. Y hoy en día otra fuente principal de legitimidad residiría en la capacidad potencial de la Unión para disciplinar agentes —fundamentalmente económicos- de una dimensión planetaria

frente a la que los Estados se encuentran inermes. Y eso no está sucediendo. Más bien al contrario.

Ante el silencio significativo de fuerzas tradicionalmente euróforas, muchos europeístas – entre los que se encuentra la mayoría del movimiento sindical- asistimos entre incrédulos e indignados a un trasvase *de facto* de soberanía desde la comunidad política a los agentes económicos que controlan el funcionamiento de los mercados. Prácticamente todos los Gobiernos –y desde luego las

autoridades de la Unión Europea- han justificado sus iniciativas más importantes –casi siempre impopulares- como imprescindibles para calmar o lanzar un mensaje de confianza a los mercados. Implícitamente los líderes europeos se han situado como –en el mejor de los casos- oráculos de unos escasamente definidos mercados cuando no se han reducido a la mera categoría de cipayos. Es difícil que no perciban el deterioro que están ocasionando a la democracia.

Sin veleidades hiperbólicas, persistir en esta dirección puede profundizar la más que creciente desafección ciudadana hacia el proceso europeo que la propia agencia Eurostat ya ha diagnosticado. Las fuentes de legitimación del proceso de integración se agotan y pocos escenarios son, desde nuestro punto de vista,

“ **Asistimos entre incrédulos e indignados a un trasvase de facto de soberanía desde la comunidad política a los agentes económicos que controlan el funcionamiento de los mercados**

“ **No hay alternativa en la renacionalización de las políticas o en la vuelta a los Estados, al contrario, se necesita más unión política y más unión económica europeas**

tan negativos. No hay alternativa en la renacionalización de las políticas o en la vuelta a los Estados, al contrario, se necesita más unión política y más unión económica europeas.

Con dificultades, limitaciones y alguna contradicción, el movimiento sindical europeo pretende contribuir a conjurar el peligro de fragmentación del proyecto europeo. Lo hace de muy diversas formas: movilizándolo –como lo hizo recientemente en Luxemburgo y lo hará el próximo otoño en numerosas capitales europeas- y desarrollando su capacidad pro-

positiva. La CES ha presentado un amplio programa de medidas alternativas que incluyen propuestas como la tasación de las transacciones financieras, un programa europeo de infraestructuras –en sentido amplio-, el incremento del presupuesto comunitario o la emisión de eurobonos. Son propuestas viables, solidarias y susceptibles de generar grandes consensos a escala europea. Y que sitúan a la lucha contra el desempleo en el centro de las políticas públicas. En pocas ocasiones ha sido tan necesaria la reivindicación de la política. <

NOTAS:

¹ Ramón Baeza (coord.): Europa en la encrucijada. Fundación 1º de Mayo. Madrid



LIBROS FUNDACIÓN 1º MAYO

WWW.1MAYO.CCOO.ES

Anuario 2011. Fundación 1º de Mayo

Esta nueva edición del Anuario de la Fundación 1º de Mayo, la de 2011, es una nueva apuesta por el análisis y la reflexión, de la realidad socioeconómica y laboral, haciendo especial hincapié en la crisis y las consecuencias que está teniendo para el empleo. El Anuario 2011, amplía en esta segunda edición, sus contenidos, incorporando una cronología de los hechos socioeconómicos y laborales más significativos que se han producido a lo largo de 2010. Aborda, junto a un muy completo sistema de indicadores, reflexiones económicas, en materia de empleo y de relaciones laborales, sobre negociación colectiva y conflictividad laboral y sobre políticas del trabajo.